

# Camus y Sartre: el debate de la libertad

Salvador Rivas

El siglo XX nos ofreció la oportunidad de que coincidieran en el tiempo, y entablaran una estrecha relación, dos de los más grandes pensadores y literatos de la centuria, Albert Camus y Jean Paul Sartre. Sin ellos el existencialismo, probablemente, no hubiera pasado de ser una anécdota filosófica sin mayor relevancia que unas pocas líneas en los libros de texto escolares.

Durante casi una década, entre 1943 y 1952, mantuvieron un intenso contacto que, como el mundo que les rodeaba, se tradujo en no pocas convulsiones, que desembocaron en el distanciamiento y la irreconciliable ruptura final. La conclusión de la II Guerra Mundial, el surgimiento de la política de bloques y la Guerra Fría marcaron de forma paralela la amistad entre Camus y Sartre, su coincidencia inicial y sus cada vez más acusadas diferencias: personales, políticas, literarias y filosóficas.

Fue una época en la que, efectivamente, se buscaba un sentido a cuanto ocurría en torno al ser humano, que era arrojado a un mundo absurdo en el que se sentía perdido. El capitalismo y el comunismo se consolidaban como las dos opciones casi absolutas por las que optar, y la pugna entre ellas impregnaba el pensamiento, el arte y la literatura. Es el momento de la aparición de los "intelectuales comprometidos", de una influencia social que sería impensable en la actualidad.

Camus ya había publicado "El extranjero" en 1943, mientras que Sartre despuntaba como literato y pensador. Ambos eran de izquierdas: Camus militaba en el Partido Comunista y Sartre se alineaba con esta ideología, pero nunca fue miembro del partido. Los dos proponían la superación de un sistema social que provocaba un profundo vacío existencial. En este sentido, Camus prefería centrarse en las realidades cotidianas del individuo, mientras que Sartre insistía en el compromiso público y activo de los intelectuales.

No obstante, las notables coincidencias de partida fueron desplazadas paulatinamente por las sutiles diferencias, que se convirtieron en brechas insalvables. La política se entrelazaba de forma inevitable con la literatura y la filosofía, y el debate intelectual derivaba en no pocas rencillas personales. La admiración mutua que se profesaban se deslizó poco a poco por esta pendiente: Camus consagraba la libertad personal y la acción no violenta como motor del cambio social, oponiéndose a cualquier totalitarismo; Sartre justificaba el estalinismo y el uso de la violencia, por encima de los derechos individuales.

La ruptura se consumó en 1951, tras la publicación del ensayo "El hombre rebelde" por parte de Camus, obra criticada públicamente por Sartre, que para entonces ya era una incontestable celebridad mundial. El hombre rebelde es aquel que dice "no" a la opresión, pero que no renuncia, sino que al mismo tiempo dice "sí" a la acción para cambiar el mundo, desde la libertad, la conciencia y la ética. Camus analiza en el texto el fenómeno revolucionario, denuncia el asesinato organizado y señala al nihilismo, con su ausencia de valores, como uno de los males del momento.

Una ausencia de valores que, cincuenta años después de su muerte, se ha acrecentado incorregiblemente en la sociedad actual, en la que las ideologías políticas y las escuelas de pensamiento han sido vaciadas casi completamente de contenido. Los debates filosóficos sobre nuestra propia naturaleza, la existencia humana, la organización social y el poder, han sido sustituidos por una demanda insaciable de satisfacciones inmediatas, y por el desalojo de cualquier reflexión en los espacios públicos.

Es inevitable que nuestras simpatías se decanten por un Camus que rechazaba la violencia y la dictadura, y que es desprestigiado, también personalmente, por el círculo de incondicionales de los poderosos Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Porque, al fin y al cabo, se habían convertido en aquello que tanto rechazaban: un poder establecido intolerante y radical, que no era capaz de asumir las críticas, y cuya base teórica se apagó, asfixiada y aislada, por el propio peso de la Historia.

*Salvador Rivas es periodista*